

Bergson intérprete de Darwin. Su aportación a la teoría del conocimiento¹

En este año que celebramos tanto el nacimiento de Darwin (1809-1882) como el de su primera gran obra sobre la evolución biológica quiero recordar a este gran científico, no por sí mismo, sino por su impacto en el pensamiento filosófico de Bergson.

Henri Bergson fue un filósofo francés de origen judío nacido en 1859, precisamente el año de la publicación de *El origen de las especies*. Bergson pertenece, por tanto, a la primera generación de filósofos formados en un ambiente cultural donde la evolución biológica tenía ya la categoría de hecho científico.

Aunque entonces los mecanismos concretos mediante los que se produce la variación genética y la selección biológica eran todavía objeto de discusión, la idea de que unas especies han surgido de otras y de que la variación evolutiva refleja la adaptación de la vida al medio ambiente ya había sido plenamente aceptada.

Sabemos, por ejemplo, que uno de los pensadores que más influyó sobre el joven Bergson fue el evolucionista Spencer². A pesar de que con el paso de los años Bergson criticaría duramente la concepción mecanicista que Spencer tenía de la selección biológica, los dos pensadores se mueven en un horizonte científico común en el que la evolución es un hecho.

Bergson fue un filósofo exitoso, incluso se podría decir que fue un filósofo popular. Raisa Maritain describe en su diario la gran acogida que sus charlas tenían entre los estudiantes universitarios³. Muchos de estos jóvenes, entre los que se contaban la propia Raisa y el que luego fue su marido, Jacques Maritain, se sintieron realmente salvados por este filósofo, pues su pensamiento les

¹ La paginación de las obras de Bergson corresponde a la edición de sus obras por la editorial P.U.F., que se ha mantenido inalterada desde 1940.

² H. BERGSON, *L'Évolution créatrice*, pp. 364-369.

³ R. MARITAIN, *Les grandes amitiés*, Desclée de Brouwer, 1949, pp 77-97.

permitió superar el sinsentido en el que vivían debido al materialismo reduccionista que imperaba en los ambientes intelectuales de la época.

La clave de la fama de Bergson fue, sin duda, que asumiendo seriamente los grandes avances científicos de su tiempo, supo sin embargo señalar los límites de la validez del conocimiento científico y mostrar la posibilidad de una conciencia humana libre y creativa.

Pues bien, una de las nociones de las que se vale Bergson para lograr este último objetivo procede de la teoría de la evolución biológica y es la noción de “adaptación”.

Adelantándose a muchos estudios científicos actuales, Bergson estudió la psicología de la percepción y del conocimiento desde el punto de vista de la adaptación biológica. Lo que descubrió con este estudio es que la forma como sentimos, percibimos y juzgamos acerca del mundo está íntimamente relacionada con nuestra capacidad para utilizar sus recursos en beneficio propio. Dicho en otras palabras, que nuestra adaptación al mundo en el que vivimos depende en muy gran medida de nuestra capacidad para conocerlo y para utilizar este conocimiento de forma ventajosa.

De lo que quiero hablarles en esta charla es de cómo utiliza Bergson la noción biológica de “adaptación” para replantear el problema del conocimiento y darle una respuesta compatible con la existencia de una conciencia humana libre y creativa.

El término “adaptación” significa el hecho de que la morfología, la fisiología y el comportamiento de los seres vivos sean adecuados para la supervivencia de la especie⁴. La adaptación de un individuo se mide por su capacidad para sobrevivir hasta el momento en que pueda dejar descendencia.

Con la expresión “problema del conocimiento” se refiere la filosofía al tipo de problema que surge cuando los seres humanos nos damos cuenta de que nuestro discurso sobre la realidad no es plenamente coherente con la experiencia. Normalmente, el discurso que entra en juego en este tipo de problema no es el habla corriente, sino una parte especialmente rigurosa del discurso humano que se considera particularmente valiosa y a la que no se quiere renunciar.

Los filósofos griegos plantearon el problema del conocimiento en relación con el discurso lógico sobre ideas generales o conceptos abstractos. La filosofía moderna lo ha planteado de un modo todavía más agudo en relación con el discurso físico-matemático, que es el modelo paradigmático del discurso científico actual⁵.

⁴ BERGSON, *L'Évolution créatrice*, p. 51.

⁵ Para un planteamiento claro del problema, ver: B. RUSSELL, *The problems of philosophy*, Oxford University Press, London 1912.

El gran error que, según Bergson, comete la filosofía en el planteamiento del problema del conocimiento es suponer que la finalidad del conocimiento riguroso es describir la realidad tal cual es y no, como el propio Bergson afirma, simplemente utilizarla⁶.

Así, cuando Platón descubre las inconsistencias que muchas veces surgen al aplicar ideas abstractas o generales a la vida cotidiana, se escandaliza y cree que es mejor salvar la verdad de este discurso antes que la realidad de la experiencia. Todos sabemos cuál es la solución que propone: crear un mundo de ideas perfectas en el que el discurso lógico sobre conceptos generales funcione perfectamente, decir que éste es el único mundo verdaderamente real, y condenar el mundo sensible de la vida cotidiana a la mera apariencia.

El discurso sobre ideas generales o abstractas es necesario en la vida de cualquier sociedad humana, pues la mayoría de las cosas acerca de las que nos interesa hablar nos interesan por algunas de sus características generales, no por lo que puedan tener de absolutamente particular. Así, a un pastor le interesa poder hablar de la hierba en cuanto tipo de alimento necesario para sus ovejas, sin importarle distinguir unas briznas de otras; al político o al pedagogo les interesa poder hablar de justicia, de honor y de piedad para proponer a la ciudadanía o a los jóvenes tipos de comportamiento que conviene encarnar; al arquitecto le interesa poder hablar de líneas rectas, de triángulos y de poliedros como modelos útiles de lo que quiere construir. Pero si pretendemos que este lenguaje describa rigurosamente la experiencia caemos en contradicciones y paradojas. Este es el caso, por ejemplo, cuando usamos el mismo término para referirnos a una realidad cambiante –piénsese en la generación de un individuo a partir de un óvulo fecundado–, o a un proceso en movimiento –piénsese en la famosa flecha de Zenón– o a realidades que sólo se ajustan a su idea de forma imperfecta –piénsese en la justicia de un gobierno o en la rectitud de una columna–⁷.

La fe que el pensamiento clásico tenía en la verdad del lenguaje lógico la tiene el pensamiento moderno en el razonamiento físico-matemático. Este tipo de razonamiento ha demostrado ser capaz de construir teorías que relacionan de forma rigurosa las diversas magnitudes medibles con las que la ciencia describe un gran número de sistemas materiales. El control que esta forma de razonamiento logra sobre sus objetos es tan grande que el pensa-

⁶ BERGSON, *L'Évolution créatrice*, p. 192.

⁷ Ver, por ejm. las discusiones sobre la virtud y el conocimiento matemático en el diálogo *Menon* de PLATÓN.

miento occidental moderno ha erigido a la ciencia físico-matemática en paradigma del conocimiento verdadero.

Ciertamente, es importante constatar que la mayor parte de nuestra experiencia vital no es, al menos por el momento, reducible al conocimiento físico-matemático. Los ámbitos en los que este tipo de conocimiento da buena cuenta de la experiencia son siempre sistemas aislados relativamente simples, es decir, sistemas con condiciones de contorno controlables y con un número pequeño de variables independientes. De hecho, donde mejor funciona es en el contexto artificial de los montajes experimentales y de los productos de la técnica.

Dicho esto, creo, sin embargo, que sigue habiendo razones muy serias para admirar el conocimiento físico-matemático. Por una parte, es un conocimiento que puede ser universalmente compartido. Es decir, cualquier persona en cualquier parte del mundo puede repasar sus deducciones y razonamientos para comprobar su solidez y puede reproducir las condiciones experimentales que confirman una teoría. Por otra parte, el conocimiento derivado de este tipo de razonamiento ha sido aplicado con un éxito sin precedentes al desarrollo tecnológico. Hoy día, nadie que habite el primer mundo puede seriamente cuestionar el valor del conocimiento científico, pues seguramente no pasa una hora de su vida en la que no haga uso de alguna de sus aplicaciones técnicas.

Aunque es cierto que la mayor parte de nuestra experiencia vital no es reducible a procesos físico-matemáticos, el éxito de la tecnología científica ha favorecido la predisposición a creer que el método científico irá conquistando parcelas cada vez más amplias de la experiencia humana.

Si a esta expectativa le unimos el presupuesto, antes mencionado, de que el conocimiento riguroso, en este caso, el conocimiento físico-matemático, tiene por finalidad describir la realidad, tendremos planteado el problema del conocimiento en su versión moderna más virulenta.

En efecto, por una parte queremos que el conocimiento científico se refiera a la realidad de la experiencia, pues es en esta realidad donde se insertan y funcionan sus aplicaciones técnicas. Pero por otra parte, sabemos que el discurso físico-matemático habla de campos de fuerza, de ondas electromagnéticas, de fotones y de un sinnúmero de partículas invisibles y extrañas que no encontramos en ninguna parte nuestra experiencia cotidiana⁸. Nos encontramos, por tanto, ante la paradoja de que este discurso científico, con el que queremos conocer la realidad de la experiencia, versa sobre construc-

⁸ Ver: C. G. HEMPEL, *La explicación científica. Estudios sobre la filosofía de la ciencia*, Paidós, Barcelona 1988, especialmente Cap. VIII: "El dilema del teórico: un estudio sobre la lógica de la construcción de teorías", pp. 177-229.

tos teóricos que sólo de forma muy indirecta y sofisticada podemos relacionar con dicha realidad.

La estrategia explicativa que suele utilizar la ciencia para intentar salir de esta paradoja es suponer que la verdadera realidad está formada por los objetos del discurso científico, pero que nuestro sistema nervioso crea las sensaciones con las que imaginamos la realidad de nuestra experiencia.

Ahora bien, cuando decimos que el sistema nervioso CREA las sensaciones no estamos explicando nada de forma científica, pues los únicos objetos de la ciencia son, por definición, sus propios constructos. El sistema nervioso es, para la ciencia, un sistema material describable mediante constructos físico-matemáticos que está inmerso en un mundo material describable mediante este mismo tipo de constructos. Las interacciones que la ciencia descubre entre ese sistema nervioso y ese mundo material sólo pueden ser a su vez descritas en términos de constructos físico-matemáticos. Una onda electromagnética podrá producir corrientes eléctricas en los nervios y estas corrientes podrán producir procesos físicoquímicos de gran complejidad en el cerebro, pero lo que no pueden producir es una sensación de color, pues el color no pertenece al mundo de los constructos físico-matemáticos. Un sistema nervioso entendido como un sistema material describable por la ciencia no puede producir el mundo sensible⁹.

La situación a la que hemos llegado es la siguiente. Por una parte tenemos un conjunto muy complejo de constructos científicos cuya efectividad para predecir ciertos resultados medibles en condiciones controladas y controlar los productos de la técnica ha sido establecida, pero que no son ellos mismos objetos de nuestra experiencia sensible. Por otro lado tenemos nuestra experiencia sensible con toda su variedad, complejidad y densidad. El problema del conocimiento que esta situación parece plantear a la filosofía es descubrir la conexión entre estos dos ámbitos de realidad tan dispares.

Bergson aborda este problema, no para resolverlo, sino para disolverlo.

En vez de intentar explicar la experiencia sensible a partir de los constructos científicos, explica la génesis de los constructos científicos y su utilidad técnica y predictiva a partir de la orientación práctica del conocimiento humano¹⁰. La creación de constructos científicos y sus aplicaciones constituyen una parcela limitada de la vida humana que se distingue por estar orientada a la acción. Según Bergson, esta parcela limitada no tiene derecho a convertirse en la clave explicativa de todo el resto.

⁹ H. BERGSON, *Matière et mémoire. Essai sur la relation du corps a l'esprit*, pp. 23-27.

¹⁰ BERGSON, *Matière et mémoire*, pp. 11-81.

Bergson considera al ser humano un organismo vivo, inmerso en un mundo surcado por corrientes de vida, que han quedado a su vez encarnadas en las distintas líneas de evolución biológica.

Aunque el ser humano de Bergson se diferencia de otros seres vivos por la facultad superior de la memoria –que para este pensador equivale al alma– sus capacidades perceptivas y cognitivas sólo son versiones extraordinariamente complejas y potentes de unas capacidades que comparte con muchos otros animales.

La percepción sensible y el conocimiento son capacidades que han surgido a lo largo de determinadas líneas de evolución como formas de adaptación biológica. Las ventajas adaptativas que estas capacidades proporcionan son esencialmente las de servir de guía a la acción.

Nadie puede dudar que la capacidad de la especie humana para moverse y manipular todo tipo de objetos es el fundamento de toda su actividad técnica, una actividad técnica que, a su vez, le ha servido para colonizar la tierra entera y para construir un mundo civilizado dentro del mundo natural. Pues bien, según Bergson, la percepción y el conocimiento son facultades biológicas que se han desarrollado como acompañantes necesarios de la acción, y por tanto su funcionamiento en el hombre debe explicarse por las ventajas y por las diversificaciones útiles que aporta a dicha acción.

Como decía al principio de esta charla, el conocimiento humano no tiene por finalidad la descripción o contemplación de la realidad, sino la utilización del mundo en torno para la adaptación práctica de la especie. En consecuencia, no debemos pedir al conocimiento que refleje todos los aspectos de la realidad, sino que simplemente nos ofrezca una guía práctica para actuar ventajosamente sobre ella.

Partiendo de este principio inspirado en la teoría de la evolución biológica, Bergson es capaz de explicar la razón de ser del sistema nervioso humano y la tendencia de la inteligencia humana a intentar controlar la realidad mediante constructos físico-matemáticos.

Según Bergson, el sistema nervioso no es un órgano mágico capaz de convertir corrientes eléctricas y procesos fisicoquímicos en imágenes sensibles. El sistema nervioso es, esencialmente, un centro de selección y transmisión que conecta información sensible, interesante para el organismo, con los movimientos posibles de las distintas partes de su cuerpo.

La información sensible que llega al organismo es el conjunto de todos los efectos de todas las interacciones que mantiene con el resto del mundo. Sin embargo, no toda esa información es percibida por la conciencia. La percepción que en cada momento tiene el sujeto humano del mundo está formada por la información sensible que su sistema nervioso ha seleccionado y

organizado con vista a la utilidad adaptativa de las respuestas motoras que es capaz de producir.

Así, por ejemplo, en las imágenes visuales vemos contornos que nos sirven para saber cómo podemos agarrar los objetos posibles de nuestra acción, o cómo debemos movernos para esquivar impactos desagradables. Vemos colores que nos sirven para distinguir unos objetos de otros, o dentro de un mismo objeto, los relieves que pueden guiar nuestra acción manipuladora. Aquello que no es capaz de informar una acción posible es invisible para la conciencia o escapa a nuestra atención.

Una consecuencia interesante de la filosofía de Bergson es que nos permite pensar qué verdadera realidad es de la misma naturaleza cualitativa, sensible y vital que la realidad que normalmente percibimos. La realidad sensible percibida no es una imagen producida por el sistema nervioso a partir de una realidad extraña formada por constructos físico-matemáticos, sino una selección interesada de la verdadera realidad.

Otra consecuencia, no menos interesante, es que nos permite vislumbrar las bases biológicas de nuestra vivencia espontánea de libertad.

Según Bergson, el cerebro es el encargado de transmitir las imágenes que llegan a él, e insinuar al sistema nervioso motor las posibles acciones que puede emprender como respuesta adecuada a esas imágenes. Cuanto más compleja es la percepción, más numerosas y sutiles son las posibilidades de acción insinuadas por el cerebro. Pero el número de posibilidades de acción insinuadas por un mismo objeto sensible reflejan el grado de libertad que el organismo tiene frente a ese objeto. De ahí que exista un paralelismo considerable entre la complejidad de los sistemas nerviosos de las diferentes especies animales y sus respectivas capacidades de realizar acciones complejas no determinadas.

En palabras del propio Bergson:

“El progreso del sistema nervioso a lo largo de las líneas de evolución se ha efectuado en el sentido de una adaptación cada vez más precisa de los movimientos, y en el de una mayor capacidad del ser vivo para elegir entre ellos”¹¹.

La capacidad de elegir entre diversos cursos de acción posible presupone la capacidad de anticipar acciones posibles sobre la realidad, y esta es la base, según Bergson, del pensamiento lógico y científico. Este tipo de pensamiento no debe, por tanto, entenderse como una forma de describir lo que hay, sino como una forma de proyectar estratégicamente nuestra acción en el mundo.

¹¹ BERGSON, *L'Évolution créatrice*, p. 126.

Así, por ejemplo, la capacidad de abstraer una propiedad común a muchos individuos para crear una idea general no es, para Bergson, sino la forma consciente de una capacidad instintiva presente en otros muchos animales y que está orientada a la acción. Los zorros captan que todos los conejos tienen algo en común con tanta o mayor facilidad que los seres humanos, pues conviene a la especie de los zorros que la percepción sensible de un conejo genere la respuesta motora de perseguirlo. Las diferencias a este respecto entre los zorros y nosotros estriban en que nosotros somos conscientes y podemos elegir entre un número mucho mayor de cursos de acción posibles, y podemos, además, apoyar la generalización con el lenguaje. Nuestra capacidad de designar a todos los conejos con una misma palabra nos permite, a su vez, hacer razonamientos generales acerca de los conejos.

La capacidad de formular matemáticamente el comportamiento de determinados sistemas materiales es también, según Bergson, un logro adaptativo de nuestra orientación práctica. Las fórmulas de la mecánica clásica, que son el origen de la física moderna, utilizan unas nociones de espacio y tiempo directamente relacionadas con nuestra acción en el mundo.

El sistema nervioso motor organiza la acción en el mundo en función de las metas concretas que el sujeto quiere alcanzar. Así, cuando queremos extender el brazo para coger un objeto, no necesitamos pararnos a pensar en todos y cada uno de los movimientos de nuestros músculos, ni en todas las posiciones intermedias por las que el brazo tendrá que pasar. Nos basta con imaginar nuestra mano agarrando el objeto y querer que esta imagen se haga realidad. Esto significa, según Bergson, que los seres humanos actuamos a saltos, operando con la imaginación cortes momentáneos en la realidad sobre los cuales disparamos nuestros movimientos. Dado que nuestros movimientos se realizan en un mundo sensible extenso, tendemos a imaginar las distancias en esa extensión como intervalos cuyos extremos representan el principio y el final de nuestras posibles acciones. El resultado es el concepto de una extensión en la que cada segmento puede dividirse cuantas veces se desee, es decir, una extensión en la que se pueden realizar todas las operaciones que definen al espacio de la mecánica clásica. Vemos pues que en el origen del concepto matemático de espacio no están sino las operaciones que nuestra imaginación anticipa al proyectar pragmáticamente nuestra acción en el mundo¹².

Para Bergson, el concepto de tiempo empleado por la física moderna no es sino una réplica del concepto de espacio, y como él, un instrumento del

¹² BERGSON, *L'Évolution créatrice*, 207-208.

intelecto al servicio de la acción¹³. La prueba de esta identidad es que la física imagina el tiempo como una línea homogénea, es decir, como la misma recta real con la que se representa el espacio, y que todos los métodos que emplea para medir intervalos temporales se reducen, de un modo u otro, a medir desplazamientos.

A partir de la crítica a los conceptos de espacio y tiempo, Bergson concluye que toda la ciencia físico-matemática puede entenderse como un sistema de operaciones intelectuales mediante las que el ser humano busca la forma más inteligente de actuar sobre la realidad. La física-matemática no tiene por finalidad enseñarnos cómo es la realidad, sino la forma de controlar ciertos aspectos de la misma para utilizarlos de forma adaptativa.

Para terminar, quiero simplemente señalar que de la conclusión anterior se derivan las dos aportaciones, a mi entender, más importantes de la filosofía de Bergson.

La primera es que el problema del conocimiento planteado por la física moderna a la filosofía es un falso problema. Si el conocimiento científico no describe la realidad, la pregunta por su posible coincidencia carece de sentido.

La segunda es que la conciencia humana puede ser mucho más que la razón lógica y científica, y que su relación con el mundo y con la vida no tiene por qué estar limitada a los contactos manipuladores requeridos por la adaptación biológica¹⁴. El grueso de la filosofía de Bergson trata precisamente de explorar aquellas manifestaciones de la conciencia y de la vida que escapan de la necesidad adaptativa de la acción; unas manifestaciones en las que este filósofo cree vislumbrar la auténtica dimensión espiritual de la conciencia humana¹⁵. Pero estos temas sobrepasan claramente los límites de lo que quería exponerles en esta charla.

ESTHER MIQUEL

¹³ BERGSON, *L'Évolution créatrice*, pp. 336-341.

¹⁴ BERGSON, *Matière et mémoire*, pp. 6; *L'Évolution créatrice*, pp. 262-272.

¹⁵ H. BERGSON, *L'Énergie Spirituelle*, pp. 1-28.